



Reflection from the Pastor, Fr. Crespo Lape, MJ

“We Are God’s Living Temple”

The Feast of the Dedication of the Lateran Basilica reminds us that the Church is not just a building of stone but a living community built on Christ, the true foundation.

In our first reading from Ezekiel, water flows from the temple, bringing life and healing wherever it goes. This image reveals God’s deep desire that His presence—symbolized by that life-giving water—should flow out to renew the world. Today, as we look around our societies marked by division, inequality, and indifference, the Lord invites us to be that living stream of compassion, justice, and peace.

St. Paul, in his letter to the Corinthians, reminds us that “you are God’s temple and that God’s Spirit dwells in you.” This is both a privilege and a responsibility. The holiness of the Church depends not merely on its walls or rituals but on the hearts of believers. We become the true Church when our actions reflect the Spirit of Christ—when we protect the dignity of others, care for the poor, and nurture unity amidst diversity. In a world where many feel abandoned or unseen, our witness to God’s indwelling presence becomes the sanctuary where others can find hope.

In the Gospel, Jesus cleanses the temple, driving out the merchants and money changers. His righteous anger is not just about the misuse of a sacred space; it is a call to purify our own hearts, which have become temples of the Holy Spirit. Christ’s zeal challenges us to remove the clutter of selfishness, greed, and apathy that can block God’s grace from flowing through us. When Jesus speaks of the temple of His body, He reveals that the true dwelling of God is not confined to one place—it is alive in every believer and in the community gathered in His name.

Today, as we celebrate the Dedication of the Lateran Basilica—the “mother and head of all churches”—we are reminded that the Church’s greatness is not measured by its architecture, but by the love, mercy, and truth radiating from its people. In a society searching for meaning and unity, we are called to let the living water of God’s Spirit flow through us, transforming our communities into temples of life and hope. ***Lord, cleanse our hearts and make us your living temple, that your Spirit may flow through us and renew the face of the earth. Amen.***

Reflexión del Pastor, Padre Crespo Lape, MJ

“Somos el Templo Vivo de Dios”

La Fiesta de la Dedicación de la Basílica de Letrán nos recuerda que la Iglesia no es solo un edificio de piedra, sino una comunidad viva edificada sobre Cristo, el verdadero fundamento.

En la primera lectura de Ezequiel, el agua fluye del templo, llevando vida y sanación a dondequiera que va. Esta imagen revela el profundo deseo de Dios de que su presencia —simbolizada por esa agua vivificante— se extienda para renovar el mundo. Hoy, al observar nuestras sociedades marcadas por la división, la desigualdad y la indiferencia, el Señor nos invita a ser esa corriente viva de compasión, justicia y paz.

San Pablo, en su carta a los Corintios, nos recuerda que «sois templo de Dios y el Espíritu de Dios habita en vosotros». Esto es tanto un privilegio como una responsabilidad. La santidad de la Iglesia no depende solo de sus muros o rituales, sino del corazón de los creyentes. Nos convertimos en la verdadera Iglesia cuando nuestras acciones reflejan el Espíritu de Cristo: cuando protegemos la dignidad de los demás, cuidamos de los pobres y fomentamos la unidad en la diversidad. En un mundo donde muchos se sienten abandonados o invisibles, nuestro testimonio de la presencia de Dios en nosotros se convierte en el santuario donde otros pueden encontrar esperanza.

En el Evangelio, Jesús purifica el templo, expulsando a los mercaderes y cambistas. Su justa indignación no se limita al mal uso de un espacio sagrado; es un llamado a purificar nuestros corazones, convertidos en templos del Espíritu Santo. El celo de Cristo nos desafía a despojarnos del egoísmo, la avaricia y la apatía que impiden que la gracia de Dios fluya a través de nosotros. Cuando Jesús habla del templo de su cuerpo, revela que la verdadera morada de Dios no se limita a un solo lugar: está viva en cada creyente y en la comunidad reunida en su nombre.

Hoy, al celebrar la Dedicación de la Basílica de Letrán —la «madre y cabeza de todas las iglesias»— recordamos que la grandeza de la Iglesia no se mide por su arquitectura, sino por el amor, la misericordia y la verdad que irradian sus fieles. En una sociedad que busca sentido y unidad, estamos llamados a dejar que el agua viva del Espíritu de Dios fluya a través de nosotros, transformando nuestras comunidades en templos de vida y esperanza. ***Señor, purifica nuestros corazones y haz de nosotros tu templo vivo, para que tu Espíritu fluya a través de nosotros y renueve la faz de la tierra. Amén.***